

*Al amigo, con afecto*

Carlos Caldeyro nació el 26 de octubre de 1951. (Mi padre —el mío— nació el 24 de octubre de 1951). Digo esto porque Carlos Caldeyro, Carlitos, no suplió en absoluto a mi papá, a quien hoy veo seguido. Carlitos, para quienes lo apreciamos, fue conmigo una especie de tío cariñoso. Yo lo conocí en el año 2013. O sea que lo conocí a sus 60 y pocos años. Evidentemente, hay muchas personas que pueden relatar, vale decir, dar «testimonio» de Carlitos desde su infancia hasta los 60 años. Me centraré en la recta final de su vida.

Falleció el 17 de noviembre de 2018. Resulta que me encontraba en 2013 en la cooperativa Sur Ya, un correo donde trabajaba gente con problemas psiquiátricos. Para quienes no conocieron la experiencia de Sur Ya les cuento que primero estuvo en la calle Miguelete, luego se mudó a la calle La Paz y finalmente a la calle Santiago de Chile. Y terminó su vida de empresa en 2014. El correo Sur Ya fue una experiencia laboral interesante. Muchos usuarios de la salud mental trabajaron allí. Flavio, un cartero, vino un día a Sur Ya y dijo que había conocido a un Sr. Carlos Caldeyro que organizaba reuniones y que invitaba a los usuarios de Sur Ya a viajes al interior. Y que además Carlos Caldeyro pagaba 200 pesos a cada usuario que concurriera a sus reuniones... En Sur Ya todos/todas lo tomamos con un poco de chiste. ¿Quién será este señor Caldeyro? ¿Anda en algún «curro»? (se podrán imaginar que los usuarios-carteros de Sur Ya no estábamos acostumbrados a tanta generosidad humana). Pues bien. No recuerdo exactamente la primera vez que yo fui con otros usuarios a la casa de Mantua y Nariño en 2013. Eran casas con jardines, plantas, vegetación. Aire acondicionado. Y Carlos y otra gente muy formal, ialgunos de

traje y corbata!, nos recibieron en una casa muy «lujosa» con jugos naturales, obleas de chocolate y buena onda. Nos tomábamos el 104 (una especie de paseo) para ir hasta allí. Y en esas reuniones Carlos Caldeyro, Carlitos, se mostraba muy bueno con los usuarios. Nos preguntaba qué medicación tomábamos, el diagnóstico que nos habían dado psiquiatras o psicólogos. Mostraba un interés y una sensibilidad excepcionales. En esas reuniones donde había mucha gente estaban los hermanos de Carlitos y sus amigos. El personal de limpieza y de vigilancia y nosotros los «usuarios» todos juntos en la misma mesa. Eran charlas muy amenas. Salíamos de la charrúa diaria para ir a ese barrio cheto. Pasábamos bien. Comíamos y tomábamos y además ¡me pagaba! Yo estaba contentísimo. Cuando Carlitos y yo nos hicimos grandes amigos y capté cuál era la idea de todo esto, vi que no había necesidad de «manejar dinero» entre él y yo (preferí no cobrar más). Ya con la buena onda y la intención alcanzaba. ¡Bravo, Carlitos! Después algunos formamos un grupo o varios de autoayuda. Carlitos y yo nos seguimos viendo en múltiples ámbitos: el MSP, la Plaza 1 de Mayo, el residencial de la calle Mantua (geriátrico al que se mudó Carlitos luego de dejar su casa). Incluso recibió a la actriz ¡Glenn Close! (protagonista de *Atracción fatal*) que vino a Montevideo (yo no la vi, porque cuando ella vino a Montevideo yo estaba en Buenos Aires haciendo trámites). Hasta allí íbamos sus fieles amigos al encuentro con ese señor sesentón calvo fumador de cigarrillos. Ya no se podía mover demasiado, pero eso no impidió que lo reportearan —vía remota—. La entrevista de CNN circuló por las redes.

Finalmente, Carlos pasó sus últimos días en el residencial de avenida Italia y Brocqua.

Allí íbamos, de 5 o 6 personas, a visitarlo los que lo queríamos. Yo lo vi personalmente por última vez 1 o 2 meses antes de fallecer. Fue un día de lluvia. Y para llegar a avenida Italia y Brocqua tuve que tomar un taxi de ida y otro de vuelta. Habrá durado 2 horas el encuentro último (había más amigos/amigas ese día). Lo llamé creo que un sábado, porque precisaba el teléfono de una persona. Lo sentí mal de la voz. Creo que falleció al día siguiente. No

recuerdo quién me dio la noticia de su deceso. Y no pude ir al velorio a despedirlo, porque tuve un problema doméstico con las llaves de mi casa. Cuando lo resolví ya tenía que ir a trabajar. Con el tiempo queda, quedó y quedará el recuerdo de Carlitos, el amigo y ser humano formidable, que me ayudó a mí y a muchos más «locos lindos» en sus momentos difíciles.

Pedro Altuna

### *Texto de Carlos Caldeyro (1951-2018)\**

En mi difícil avance por el estrecho camino de la terapia tuve la oportunidad de conocer a muchos usuarios en diversas situaciones. En mi grupo de ayuda mutua había muchachos en situación de calle, no solo abandonados por sus familias, sino que rechazaban los tratamientos disponibles y gratuitos que había. En situación lamentable estaban quienes no aceptaban los tratamientos y tenían frecuentes recaídas e internaciones. En tercer lugar, estaban los compañeros que, aun habiendo hecho la rehabilitación, sus familias no acompañaban y todo lo avanzado terapéuticamente retrocedía a la vuelta al hogar. En cuarto lugar, estamos el resto, que tenemos terapias, rehabilitación y algo de psicoterapia, pero nos falta inclusión en la comunidad, trabajo adaptado, vivienda y mayor educación en nuestros *derechos humanos*. Estamos trabajando por cada uno de estos puntos.

A pesar de que la comunidad está más consciente y organizada por el tema, aún falta mucho. La población de pacientes abarcados por los Centros de Rehabilitación y otros tratamientos terapéuticos gratuitos y disponibles es muy pequeña respecto a la globalidad de muchachos que padecen una enfermedad. Por diversos motivos. O por la falta de aceptación personal o familiar del problema. O por el gran estigma y discriminación que aleja de

un abordaje realista, o también por los escasos lugares disponibles en Montevideo y el interior del país o también y muy importante, por la falta de técnicos formados en atención a las psicosis.

La nueva Ley de Salud Mental es muy buena, pero de muy difícil aplicación, para empezar por la falta de recursos votados por el Parlamento. Se están elaborando leyes respecto al derecho de trabajo, en especial de los discapacitados físicos y sensoriales que hemos buscado también que abarquen a lo psíquico. Las iniciativas sociales con relación a nuestra población afectada son muy fragmentarias y puntuales. Siguen parámetros de países del primer mundo que tienen otra infraestructura más avanzada y aquí no pasan de letra muerta en el papel. Todavía estamos luchando por los pacientes que viven en las calles. Y tardará muchos años antes de que se resuelva la situación en las Colonias, en el Vilardebó y en las clínicas monovalentes. Los intereses económicos son muy grandes. La ley precisa de una campaña de transformación cultural, educación y difusión. Las costumbres y los prejuicios están muy arraigados y es difícil cambiarlos.

Gracias.

Carlos Caldeyro

\* Escrito en julio de 2018 para ser comunicado en el marco del X Congreso de APU «Desamparo», 16-18 de agosto de 2018.